FEDERICO PONCE
ENÓLOGO

Laboratorio de análisis pionero
En 1981 el panorama era bien diferente. Por Tecvin pasaron en prácticas enólogos que hoy marcan tendencia

ROSA RUIZ

El paso del rosal al albariño
Santiago Ruiz siempre apostó por el perfil de vinos plurivarietales, tipo rosal. La marca Rosa Ruiz, nacido más recientemente, se reserva para un albariño monovarieta

Memoria de medio siglo de cambios en Galicia

Llegó a Ourense en el año 1969, recién terminados los estudios en la escuela de viticultura de Requena. Se estrenó en Monterrei. Asesoró de una u otra manera y participó en la gestación o nacimiento de empresas que resisten, algunas con cambios importantes, entre las punteras de Galicia. En Ribeiro, Rías Baixas y Ribeira Sacra ha dejado huella. También en Bierzo sigue trabajando. Hasta se atrevió con los txacolí de Álava. Se quita méritos. «Éramos pocos. Me tocó estar allí. Nada más».

TEXTO **PEPE SEOANE** FOTOS **SANTI M. AMIL**

A Federico Ponce Moya (Valencia, 1945) le tocó vivir en primera persona buena parte de la espectacular transformación del sector del vino en Galicia en los últimos cincuenta años. Se dice pronto, pero cuando se incorporó a la cooperativa de Monterrei el 28 de abril de 1969, como ahora recuerda con precisión, recién terminados sus estudios en la Escuela de Viticultura y Enología de Requena, el panorama era bien diferente al actual. No se le perdía nada aquí, pero le salió el primer trabajo y lo aceptó. Al *químico* se le veía con recelo, aunque en privado se le adorara, pero esa es otra historia. Diferente era el panorama cuando en el lejano 1981 creó el laboratorio Tecvin. Por allí pasaron buena parte de los enólogos que hoy marcan tendencia en las denominaciones de origen de Galicia. Llegaban desde Requena y muchos acabaron haciendo su vida por estos pagos. Hasta diez mil clientes asegura que llegó a tener entre viticultores y bodegas. Aquel joven Federico, que a sus 13 años se había estrenado como ayudante en la cooperativa valenciana de Utiel, que en algún momento pasó por ser la más grande de Europa, empezó a mostrar maneras en Monterrei. Muy pronto se fijó en él Manuel Vázquez *Arnoya*. Lo fichó en 1971 y fue una relación fructífera para ambos. Al enólogo, además, le permitió volar solo, hacer otras cosas. Pudo, de ese modo, estar en los orígenes y el desarrollo de marcas y bodegas como Fillaboa, Morgadío, Pazo do Porto (que luego, por razones legales, pasó a ser Pazo San Mauro), Señorío de Beade, Godellón, Valdamor, Valdumia y, entre otras muchas, Rectoral de Amandi. Rompió esquemas al poco de nacer Rías Baixas, a finales de los ochenta del siglo pasado, cuando en 25 días tuvo listo un vino para enviarlo a Estados Unidos y que estuviera allí en las mesas para el día de acción de gracias. «De acuerdo, es discutible, pero en aquel momento había que hacerlo», dice. Son referencias. Cuando Ribeira Sacra empezaba a ser más que un sueño, por sus manos y por sus equipos pasó la producción de los veintitrés viticultores que participaron en la feria del vino de Amandi del 1989 (vendimia de 1988), que entonces marcó la ruptura y abrió otro camino. Había que estar. Y él estuvo en muchas, en Galicia, en Bierzo y con el Txacolí de Vitoria como credenciales. «Me tocó vivir una etapa en la que éramos pocos los profesionales. Y había unas ganas enormes de hacerlo bien. Me siento orgulloso de muchas cosas y de haber contribuido, modestamente, a que Galicia sea lo que ahora es en este campo de los vinos», remata.